

## 4. Beneficios derivados del cierre de la brecha de género

Son muchos los estudios que demuestran que el rendimiento de las parcelas gestionadas por mujeres es inferior al de las gestionadas por hombres. No es que las mujeres hagan peor su oficio que los hombres. De hecho, existen numerosas pruebas de que las mujeres son tan eficientes como los hombres. Sencillamente no tienen acceso a los mismos insumos. Si lo tuvieran, el rendimiento sería el mismo que el de los hombres, producirían más y la producción agrícola global aumentaría.

La relación entre igualdad de género y productividad agrícola puede estudiarse a través del Índice de instituciones sociales y desigualdad de género (SIGI) de la OCDE (OCDE, 2010). El índice SIGI refleja normas sociales y jurídicas como los derechos de propiedad, las costumbres matrimoniales y las libertades cívicas que afectan al desarrollo económico de las mujeres. Los valores inferiores del SIGI corresponden a niveles menores de discriminación por razón de género. Los países con niveles más bajos de desigualdad de género suelen alcanzar rendimientos medios para los cereales más elevados que los países con niveles de desigualdad más altos (Figura 16). Evidentemente, entre estos elementos existe una mera correlación, no un nexo causal, y podría establecerse una causalidad en cualquier sentido (o en ambos). Dicho de otro modo, las sociedades más igualitarias suelen tener una agricultura más productiva, pero una agricultura más productiva puede ayudar a reducir las desigualdades de género.

Los estudios considerados a continuación confirman que el cierre de la brecha de género en la agricultura puede mejorar la productividad agrícola y reportar importantes beneficios adicionales a través del incremento de los ingresos de las mujeres agricultoras, el aumento de la disponibilidad de alimentos y la reducción de los precios de los alimentos, así como el crecimiento del empleo y los salarios reales de las mujeres.

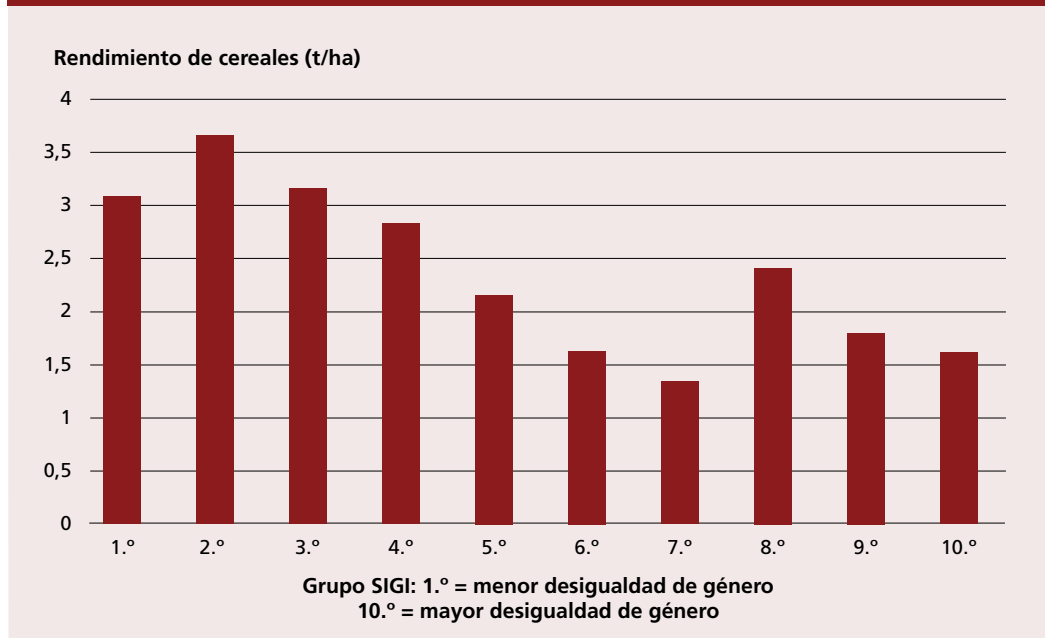
### Productividad de hombres y mujeres agricultores

Muchos estudios se han propuesto aclarar si las mujeres agricultoras son tan productivas como sus homólogos de sexo masculino. En dichos estudios se mide la productividad de distintas formas, pero el método más empleado se basa en la producción por hectárea de tierra, es decir, el rendimiento. Si solo se comparan los rendimientos de explotaciones gestionadas por hombres y mujeres, se aprecian diferencias entre los dos grupos —normalmente las mujeres tienen rendimientos inferiores a los de los hombres—, pero ello no permite explicar el motivo. Los estudios más completos también tratan de determinar si esta disparidad se debe a diferencias en el uso de insumos, como semillas mejoradas, fertilizantes y herramientas, u otros factores, como el acceso a servicios de extensión y educación. La inmensa mayoría de estos trabajos confirman que las mujeres son tan eficientes como los hombres y lograrían los mismos rendimientos si tuviesen el mismo acceso que ellos a los servicios y recursos productivos.

Una búsqueda sistemática ha permitido hallar 27 estudios en los que se compara la productividad de hombres y mujeres agricultores<sup>10</sup>. Abarcan una amplia gama de países (principalmente africanos, pero no solamente), cultivos, períodos de tiempo y sistemas de cultivo, y utilizan diversas medidas de la productividad y la eficiencia. A pesar de esta variedad, en la mayoría se observó que los hombres agricultores lograban rendimientos más elevados que las agricultoras. Las diferencias de rendimiento estimadas variaban

<sup>10</sup> A este respecto, se pueden consultar los estudios más pormenorizados de Quisumbing (1996) y Peterman, Quisumbing y Behrman (2010).

**FIGURA 16**  
**Rendimiento de cereales y desigualdad de género**



*Notas:* La desigualdad de género es una medida utilizada por el Índice de instituciones sociales y desigualdad de género (SIGI); se trata de una medida compuesta de la discriminación de género basada en instituciones sociales, elaborado por el Centro para el Desarrollo de la OCDE.

*Fuentes:* Rendimiento de cereales: FAO, 2010b; Grupo del SIGI: OCDE, 2010.

ampliamente, pero muchas giraban en torno al 20 % a 30 %, siendo en promedio del 25 %<sup>11</sup>.

En la mayoría de dichos estudios se constató que las diferencias de rendimiento eran atribuibles a disimilitudes en los niveles de insumos, lo cual sugiere que la reasignación de los insumos entre parcelas de hombres y mujeres a favor de estas podría incrementar la producción global de los hogares. Ello quedaba claramente reflejado en varios de dichos estudios. Como en su conjunto todos estos trabajos son complejos y, en cierta medida, también polémicos, se resumen a continuación.

Uno de los estudios más influyentes en este campo se refiere a Burkina Faso. Los autores compararon 4 700 parcelas agrícolas en seis pueblos. Con la excepción del trabajo propio, las parcelas gestionadas por mujeres utilizaban en menor medida todos los demás insumos: mano de obra masculina e infantil, animales de tiro y fertilizantes orgánicos y

químicos. Los rendimientos de las mujeres eran inferiores a los de los hombres para una serie de cultivos (en un 20 % en el caso de las hortalizas y en un 40 % en el del sorgo), pero la diferencia se explicaba íntegramente por una menor utilización de insumos productivos, que a su vez resultaba de unas normas sociales específicas de género. Los autores estimaron que una utilización mayor de insumos en las parcelas gestionadas por mujeres podría suponer un incremento global de la producción del 10 % al 20 % (Udry *et al.*, 1995). Un análisis posterior de estos datos puso de manifiesto que la producción global de los hogares podría haber sido casi un 6 % superior si se hubiesen reasignado los recursos a favor de las parcelas de las mujeres (Udry, 1996).

Otros dos estudios sobre Burkina Faso permiten entender mejor la situación. En el primero se constató que las mujeres agricultoras producían un 15 % menos por hectárea que los hombres. También se observó que las agricultoras necesitaban el asesoramiento de extensionistas agrícolas de sexo femenino, y no solo más insumos, para obtener rendimientos superiores, lo

<sup>11</sup> La brecha de género no se cuantifica en los 27 estudios; algunos dan estimaciones en relación con un cultivo concreto, mientras otros se refieren a diversos cultivos.

cual confirma la complementariedad de los muy diversos activos y servicios que requiere la producción agrícola (Bindlish, Evenson y Gbetibouo, 1993). En el segundo se reconsideraron los datos de Udry (1996) y se completaron con otros, más recientes y representativos a escala nacional. Se encontró que los hogares situados en áreas de producción menos favorables o en zonas afectadas por la sequía tenían tendencia a reasignar los recursos entre las parcelas gestionadas por hombres y mujeres de una forma más eficiente que los hogares situados en zonas más favorables, posiblemente porque el riesgo asociado con la ineficiencia era mayor para ellos (Akresh, 2008).

De los estudios de investigación en las tierras altas etíopes se deduce que los hogares encabezados por mujeres producían un 35 % menos por hectárea, en términos de valor, que los hogares encabezados por hombres, pero las diferencias se debían a niveles más bajos en la utilización de insumos y un menor acceso a los servicios de extensión por parte de las mujeres agricultoras (Tiruneh *et al.*, 2001). En la misma región, los rendimientos correspondientes a la cebada y otros cereales resultaron ser un 50 % superiores en las explotaciones gestionadas por hombres debido a que las explotaciones de los hogares encabezados por mujeres disponían tan solo de la mitad de la mano de obra masculina y menos de un tercio de la cantidad de animales de tiro (Holden, Shiferaw y Pender, 2001).

Se determinó que las mujeres de Ghana eran tan eficientes como los hombres en la producción de maíz y mandioca, pero sus rendimientos eran más bajos y obtenían menores beneficios porque no podían mantener la fertilidad de sus tierras (Goldstein y Udry, 2008). Las personas con desventaja en las redes sociales y políticas de sus pueblos, como muchas mujeres cabeza de hogar, tienen mayor probabilidad de que les expropian sus tierras si las dejan en barbecho, por lo que las suelen cultivar ininterrumpidamente, erosionando así la fertilidad del suelo (Goldstein y Udry, 2008). Varios estudios realizados en Ghana también confirman que los productores de cacao, ya sea hombres o mujeres, obtienen los mismos rendimientos a igualdad de utilización de insumos (Quisumbing y Otsuka, 2001b; Hill y Vigneri, 2009).

Los hombres productores de maíz, frijoles y caupíes en Kenya logran un mayor valor bruto de la producción por hectárea que las mujeres, pero la diferencia se explica por la diversa utilización de insumos (Saito, Mekonnen y Spurling, 1994). En el oeste de Kenya, el rendimiento de los hogares encabezados por mujeres era un 23 % menor que en los hogares encabezados por hombres, pero la diferencia se debía a un acceso menos seguro a la tierra y a niveles educativos más bajos (Alene *et al.*, 2008). En un estudio anterior sobre pequeños agricultores en el oeste de Kenya se observó que los rendimientos del maíz en las parcelas gestionadas por mujeres eran un 16 % menores que los de los hombres, en gran parte debido a que utilizaban muchos menos fertilizantes (Ongaro, 1990).

De un estudio representativo para el conjunto de Malawi se desprende que los rendimientos del maíz eran entre un 12 % y un 19 % más elevados en las parcelas de los hombres, pero cuando se asignaba a las mujeres la misma proporción de fertilizantes en parcelas piloto, los rendimientos obtenidos eran iguales (Gilbert, Sakala y Benson, 2002).

Se dispone de un número considerable de datos en relación con varios estados de Nigeria sobre una amplia gama de cultivos. En el estado de Oyo, se encontró que los agricultores de sexo masculino y femenino que cultivaban maíz, ñame, mandioca, hortalizas y legumbres eran igualmente productivos (Adeleke *et al.*, 2008). En el estado de Osun, las productoras de arroz lograban rendimientos un 66 % más bajos que los de los agricultores varones, pero la diferencia se debía a la diversa utilización de insumos (Oladeebo y Fajuyigbe, 2007). Análogamente, en los estados de Ondo y Ogun, las mujeres que cultivaban mandioca a pequeña escala tenían rendimientos y beneficios inferiores en los de sus homólogos masculinos, ya que utilizaban menos insumos y compraban insumos de menor calidad o a mayor precio (Timoteo y Adeoti, 2006).

Otros estudios en el África subsahariana relativos a Camerún (Kumase, Bisseleua y Klasen, 2008), Benin (Kinkingninhoun-Médagbé *et al.*, 2010), Côte d'Ivoire (Adesina y Djato, 1997) y Zimbabwe (Horrell y Krishnan, 2009) apoyan asimismo de forma abrumadora la conclusión de

que las diferencias en los rendimientos agrícolas entre hombres y mujeres se deben principalmente a las diferencias en el acceso a los recursos y los servicios de extensión<sup>12</sup>.

Existen relativamente pocos datos procedentes de otras regiones debido a que es menos fácil desglosar las actividades agrícolas por sexos que en el caso de África, pero los estudios disponibles corroboran, por lo general, la conclusión de que las mujeres agricultoras son al menos tan eficaces como sus homólogos masculinos. Por ejemplo, las explotaciones gestionadas por mujeres en Nepal producen menos valor por hectárea que las gestionadas por hombres, pero casi todas las diferencias se explican por una menor utilización de insumos (Thapa, 2008). En China las explotaciones dirigidas por mujeres son al menos tan rentables como las dirigidas por hombres, según datos de la Encuesta rural nacional de China (Zhang, De Brauw y Rozelle, 2004).

En algunos estudios se compara la productividad del trabajo y no el rendimiento, pero los resultados están en consonancia con la conclusión de que las diferencias de rendimiento se deben a diferencias en la utilización de insumos. La productividad del trabajo de las mujeres agricultoras en Bangladesh es por lo menos tan elevada como la de los trabajadores varones, a igualdad de utilización de insumos (Rahman, 2010). Los estudios sobre productividad del trabajo en el cultivo de la palma de aceite en Indonesia (Hasnah, Fleming y Coelli, 2004), el arroz en Nepal (Aly y Shields, 2010) y las hortalizas en Turquía (Bozoglu y Ceyhan, 2007) indican que el trabajo de las mujeres es por lo menos tan productivo como el de los hombres cuando se tienen en cuenta las diferencias en cuanto a tipo de riego y semilla.

### Aumentos de producción derivados del cierre de la brecha de género

Todo parece indicar que si pudieran superarse las diferencias específicas de género en la utilización de insumos y las mujeres agricultoras pudieran alcanzar

<sup>12</sup> Algunos estudios no consiguieron explicar por completo las diferencias de rendimiento entre hombres y mujeres agricultores porque no tuvieron en cuenta todas las diferencias de recursos a que tienen que hacer frente las mujeres (Zavale, Mabaye y Christy [2006], Uaiene y Channing [2009] y Lilja, Randolph y Diallo [1998]).

los mismos niveles de rendimiento que los agricultores varones, las mejoras en la producción podrían ser cuantiosas. Los posibles beneficios no pueden cuantificarse con precisión, porque no se dispone de los datos necesarios para ello. Sin embargo, se puede estimar un intervalo razonable a partir de las diferencias de rendimientos señaladas en los estudios mencionados anteriormente y la extensión de las tierras que gestionan las mujeres.

Como se ha señalado más arriba, los estudios sobre las diferencias de rendimientos entre hombres y mujeres estiman que su media se sitúa entre el 20 % y el 30 % y, en su mayoría, atribuyen esas diferencias a una menor utilización de insumos. Si bien la mayoría de los estudios se refieren al África subsahariana, existen datos sobre diferencias de insumos parecidas en todas las regiones, como se expuso en el Capítulo 3. Por consiguiente, es razonable suponer que existen discrepancias de rendimientos similares en otras regiones. El hecho de colmar las desigualdades de insumos en los terrenos agrícolas administrados por mujeres podría permitir incrementar los rendimientos de sus tierras hasta alcanzar los niveles de los hombres. De este modo, se produciría un aumento de la producción de entre el 20 % y el 30 % en sus tierras, y aumentos en el conjunto de cada país proporcionales a la cantidad de tierra gestionada por las mujeres, con lo cual el crecimiento de la producción agrícola en los países en desarrollo para los que se dispone de datos sería, en promedio, del 2,5 % al 4 %<sup>13</sup>. Suponiendo que las diferencias en los rendimientos e insumos son extrapolables a otros países en desarrollo, los beneficios globales serían del mismo orden.

<sup>13</sup> Se dispone de datos de 52 países sobre la proporción de mujeres que dirigen explotaciones agrícolas. El método para el cálculo de los posibles beneficios parte de la definición de producción (Q) como el producto del rendimiento (Y) por la superficie (A):  $Q = Y * A$ . A continuación, en la hipótesis de una diferencia de productividad del 20 %, se supone que el rendimiento de las mujeres agricultoras es tan solo el 80 % del de los hombres:  $Y_f = 0,8 * Y_m$ . (Los subíndices f y m se refieren a mujeres y hombres, respectivamente.) Como  $Q = Y * A$ , entonces  $Q = Y_f * P * A + Y_m * (1-P) * A$ , siendo P la proporción de tierras cultivadas por mujeres agricultoras. Se despeja  $Y_m$  en la expresión anterior y se obtiene  $Y_f$  a partir de  $Y_f = 0,8 * Y_m$ . Suponiendo que se ha colmado la brecha de género en los activos productivos, entonces  $Y_f = Y_m$ , y se puede calcular el nuevo nivel de producción,  $Q^*$ .

Por supuesto, los posibles aumentos de producción calculados con este método se basan en la distribución actual de la tierra y una diferencia empírica de rendimiento que se sitúa entre un 20 % y un 30 %, lo cual implica que en los países donde las mujeres controlan proporcionalmente más tierra se podrían alcanzar beneficios más elevados. Sin embargo, puede ocurrir que la brecha global de género en el acceso a los recursos agrícolas sea más amplia en la práctica allí donde las mujeres controlan menos tierra. Las ganancias reales de colmar la brecha de género en el acceso a los recursos serían mayores en los países donde esta es más amplia. El aumentar el acceso de las mujeres a la tierra, así como a insumos complementarios, en este caso, generaría mayores beneficios socioeconómicos que los contemplados en este análisis.

La verdad es que este enfoque proporciona estimaciones muy aproximadas, pero estas sugieren que el cierre de la diferencia de productividad entre los sexos podría hacer aumentar la producción agrícola en los países en desarrollo en una cantidad significativa. Un aumento de la producción también implicaría una mayor disponibilidad de alimentos y un retroceso de la subnutrición. La metodología estándar utilizada por la FAO para las estimaciones del número de personas subnutridas permite calcular la media del suministro diario de energía alimentaria disponible para el consumo en cada país y aplica criterios específicos por países para su distribución y los umbrales mínimos de las necesidades de energía per cápita (véase FAO, 2002 para más detalles). Se considera que las personas por debajo de este umbral mínimo padecen subnutrición crónica. La producción interna de alimentos es un componente esencial del suministro de energía alimentaria, por lo que, si se supone que la producción adicional derivada del cierre de la brecha de género se consume internamente, el colmar las diferencias de rendimiento entre los géneros podría tener consecuencias directas en la reducción del número de personas subnutridas.

La inclusión de los posibles aumentos de producción estimados anteriormente en la fórmula para el cálculo del número de personas subnutridas permite realizar una estimación cuantitativa aproximada de hasta qué punto el cierre de la brecha de

género en la agricultura podría contribuir a reducir el hambre. Si se pudieran colmar las diferencias de rendimiento, del 20 % al 30 %, y se pudiera aumentar la producción nacional en un 2,5 % a 4 %, el número de personas subnutridas en los países para los que se dispone de datos podría disminuir entre el 12 % y el 17 %<sup>14</sup>. Se estima que 925 millones de personas en el mundo padecían subnutrición en 2010, y 906 millones de ellas vivían en países en desarrollo (FAO, 2010g). Una mejora de este calibre implicaría, por ende, que entre 100 millones y 150 millones de personas dejarían de padecer hambre. Para los países en los que el hambre está más extendida y las mujeres desempeñan un papel importante en el sector de la agricultura, la disminución en proporción podría ser aún mayor.

Estos aumentos posibles de producción constituirían un efecto directo, el primero de todos ellos. Con el tiempo, el incremento de la productividad tendría efectos adicionales, tales como una mayor demanda de mano de obra por parte de los agricultores, así como de bienes y servicios producidos localmente (Hayami *et al.*, 1978; FAO, 2004). La producción adicional podría traducirse en una disminución de los precios de los productos básicos, en función de la capacidad de respuesta de la demanda y el grado de apertura comercial. La mayoría de los hogares en los países en desarrollo, entre ellos los de las zonas rurales, son compradores netos de alimentos y se beneficiarían de una caída de los precios de los alimentos de primera necesidad. Los ingresos agrícolas, en cambio, podrían deteriorarse, a menos que los mercados estuvieran lo suficientemente desarrollados como para hacer frente a la oferta adicional.

### Otros beneficios sociales y económicos derivados del cierre de la brecha de género

Además de los aumentos de producción e ingresos, el cierre de la brecha de género en la agricultura generara otros beneficios sociales y económicos gracias

<sup>14</sup> Se dispone de datos para 34 países sobre la proporción de mujeres que dirigen explotaciones agrícolas y el número de personas subnutridas.

al fortalecimiento del acceso directo de la mujer a los recursos y los ingresos, y al control de estos. Los datos relativos a África, Asia y América Latina muestran sistemáticamente que las familias salen beneficiadas cuando las mujeres mejoran su estatus y su poder aumenta en el hogar. Un mayor control de los ingresos otorga a las mujeres una posición negociadora más sólida sobre las decisiones económicas respecto al consumo, la inversión y la producción. Cuando las mujeres tienen más influencia sobre las decisiones económicas, sus familias destinan más ingresos a la alimentación, la salud, la educación, el vestido y la nutrición de los niños<sup>15</sup>. Los programas de redes de protección social en muchos países se centran ahora en las mujeres, precisamente por estos motivos (Recuadro 8).

En un gran número de estudios se establecen nexos entre los ingresos de las mujeres y una mayor capacidad de negociación en el seno de la familia para mejorar el estado nutricional de los hijos, lo cual tiene repercusiones a su vez en los niveles de salud y educación de la familia (Smith *et al.*, 2003). Los estudios llevados a cabo en Filipinas proporcionaron los primeros datos que mostraban que un aumento de la proporción de los ingresos domésticos obtenidos por las madres contribuía de forma positiva y significativa al consumo de alimentos en el hogar (García, 1991). Esta correlación quedó confirmada con nuevos datos, esta vez del Brasil, que mostraban que los ingresos maternos tenían una mayor influencia en los indicadores sobre nutrición de los hijos que los ingresos paternos, y que las mujeres gastaban considerablemente más que los hombres en educación, salud y servicios para la casa (Thomas, 1997). En los hogares con familias ampliadas en México, las consecuencias del aumento de los ingresos familiares sobre el estado nutricional de los hijos depende de quién genera los ingresos; el incremento de los ingresos generados por cualquiera de las mujeres del hogar —no solo las madres— tienen repercusiones positivas considerables,

<sup>15</sup> Entre los estudios importantes en este campo cabe citar los de Behrman y Deolalikar (1988), Behrman y Wolfe (1989), Kennedy y Peters (1992), Kennedy y Haddad (1994), Hoddinott y Haddad (1995), Thomas (1997), Haddad (1999), Katz (2000), Quisumbing y Maluccio (2000), Smith *et al.* (2003) y Doss (2005).

sobre la nutrición de los niños, pero no sucede lo mismo con los ingresos generados por los hombres (Djebbari, 2005). Datos más recientes relativos a Malawi confirman que cuando las mujeres —pero no así los hombres— mejoran su acceso al crédito, aumentan los gastos totales del hogar en alimentación y, a largo plazo, mejora la seguridad alimentaria de los hijos de las mujeres jóvenes (Hazarika y Guha-Khasnobis, 2008).

El hecho de que las desigualdades de género sean especialmente graves en el Asia meridional ayuda a explicar, por lo menos parcialmente, por qué las tasas de malnutrición infantil duplican las del África subsahariana (Smith *et al.*, 2003). En efecto, a pesar de que el Asia meridional supera al África subsahariana en cuanto a ingreso nacional, democracia, suministro de alimentos, servicios sanitarios y educativos, sigue estando a la zaga en cuanto a malnutrición infantil. Este fenómeno, que se ha denominado el “enigma asiático”, implica que la condición de las mujeres, el saneamiento y la urbanización son los factores decisivos a la hora de colmar la brecha en el estado nutricional infantil. Datos más recientes de Bangladesh confirman que el estado nutricional infantil a largo plazo es mejor en aquellos hogares en que el nivel de empoderamiento de las mujeres es más alto (Bhagowalia *et al.*, 2010).

Una mayor igualdad de género en cuanto a oportunidades y beneficios obtenidos de los activos no solo mejora la nutrición, la salud y la educación, sino que puede tener consecuencias duraderas en el desarrollo económico, al aumentar el nivel del capital humano de la sociedad<sup>16</sup>. El cierre de la brecha de género estimula el desarrollo económico, principalmente a través de los efectos de la educación femenina en la fertilidad, la mortalidad infantil y la creación de capital humano en la siguiente generación. La disminución de las tasas de fertilidad provocará, unos años después, lo que Bloom y Williamson (1998) han denominado el “regalo demográfico”. La población en edad de trabajar crecerá más rápidamente que el resto de la población, lo

<sup>16</sup> Entre los estudios importantes en este campo pueden citarse los de Dollar y Gatti (1999), Klasen (2002), Knowles, Lorgelly y Owen (2002), Kalaitzidakis *et al.* (2002), Lagerlöf (2003) y Klasen y Lamanna (2009).

## RECUADRO 8

**Transferencia orientada de pagos a mujeres para obtener beneficios sociales**

Los programas de transferencias condicionadas son un tipo de programas de redes de protección social en los que se transfiere dinero o beneficios en especie a hogares por lo general pobres, a condición de que el hogar se comprometa a realizar ciertos tipos de inversión en capital humano, en beneficio de los hijos. Las mujeres suelen ser las destinatarias de dichos pagos porque tienen mayor tendencia que los hombres a dar prioridad a la nutrición infantil. Los tipos de inversiones normalmente contempladas son la salud —es decir, la atención previa y posterior al parto, los chequeos de salud y la asistencia en centros de salud— así como la educación (en general sobre la base de las tasas de escolarización y asistencia). Los programas de transferencias condicionadas han ganado rápidamente aceptación en el mundo en desarrollo. A partir del programa “Oportunidades” en México en 1997 (antes denominado PROGRESA; Programa de Educación, Salud y Alimentación), se han difundido por todo el mundo, y en la actualidad todas las regiones en desarrollo tienen algún programa activo de transferencias condicionadas, aunque con mayor prevalencia en América Latina.

Los programas de transferencias condicionadas pueden servir directa o indirectamente para hacer frente a desigualdades de género. Con la excepción de unos pocos programas de enseñanza secundaria, las partes beneficiarias son mayoritariamente las madres. Esta opción se basa en las innumerables pruebas de que, cuando las mujeres y las madres controlan una mayor proporción de los ingresos domésticos, las familias suelen gastar una mayor parte de estos en

educación, alimentación y bienestar de sus hijos. Las evaluaciones *a posteriori* de los programas de transferencias condicionadas han confirmado que así sucede: las repercusiones sobre las pautas de gasto van más allá del simple efecto de la transferencia en los ingresos, y los hogares beneficiarios gastan una proporción mayor de sus ingresos en alimentos (Schady y Rosero, 2008) y una proporción relativamente mayor en alimentos más nutritivos (Macours, Shady y Vakis, 2008).

La idea implícita e importante que subyace tras estos programas: es que al destinar las transferencias a las madres, estas fortalecen su capacidad de negociación en la toma de decisiones en los hogares. Algunos programas de transferencias condicionadas también tienen por objetivo directo la desigualdad de género. En Bangladesh y Pakistán existen programas que promueven la matriculación de las niñas en la enseñanza pública. En Bangladesh, el Proyecto de asistencia a la escuela secundaria (FSSAP) asigna un estipendio a las chicas de edades comprendidas entre 11 y 18 años por asistir a la escuela secundaria, mientras que en Pakistán el Programa de reforma del sector educativo del Punjab (PESRP) otorga “becas” a las chicas de edades entre 10 y 14 años para que vayan a la escuela. Ambos programas han tenido mucho éxito y han logrado elevar el número de alumnas escolarizadas: Khandker, Pitt y Funta (2003) estiman que gracias al programa FSSAP el número de niñas matriculadas ha aumentado en 12 puntos porcentuales, mientras que con el programa PESRP el incremento ha sido de 11 puntos porcentuales, según la evaluación realizada por Chaudhury y Parajuli (2010).

cual reducirá las tasas de dependencia y, por tanto, favorecerá el crecimiento per cápita.

También es cierto que al colmar la brecha de género en lo relativo a las oportunidades se amplía el conjunto de personas más capaces, lo cual, suponiendo que la capacidad se reparta de igual manera entre

hombres y mujeres, contribuirá a aumentar el nivel del capital humano disponible en la población trabajadora. Estos estudios sobre el crecimiento adolecen de las limitaciones ya conocidas: es imposible determinar el sentido de la causalidad, y también podría darse que un crecimiento más

elevado hiciese que los países redujesen las desigualdades de género al dotar de medios económicos a las mujeres. Sin embargo, sigue siendo un hecho que el cierre de la brecha de género en cuanto a oportunidades de educación y trabajo impulsaría el crecimiento a largo plazo.

### ■ Principales mensajes

- Las mujeres agricultoras son tan eficaces como los hombres, pero producen menos porque controlan menos tierra, utilizan menos insumos y tienen menos acceso a servicios importantes, como el asesoramiento prestado a través de servicios de extensión.
  - El cierre de la brecha de género en el acceso y la utilización de servicios y recursos productivos permitiría aprovechar el potencial de productividad de las mujeres e incrementar considerablemente la producción. Colmando la brecha de género se podría
- aumentar la producción agrícola en el mundo en desarrollo en un 2,5 % a 4 %, por término medio, con incrementos todavía superiores en aquellos países en que las mujeres participan más en la agricultura y la brecha de género es más amplia.
- Un aumento de la producción agrícola de esta magnitud podría reducir el número de personas subnutridas en un 12 % a 17 %, y supondría un avance significativo hacia el logro del ODM 1C. Este dato pone de relieve las sinergias que existen entre el fomento de la igualdad de género y la reducción de la pobreza extrema y el hambre.
  - Cuando las mujeres controlan más ingresos, gastan más que los hombres en alimentos, salud, vestido y educación para los hijos. Ello tiene consecuencias positivas para el bienestar inmediato, así como para la formación de capital humano y el crecimiento económico a largo plazo, gracias a unos niveles de salud, nutrición y educación más altos.